

ARTE RUPESTRE EN EL TÁCHIRA



EDITORIAL

Muchos de los lectores sorprendidos por el contenido de este número de la revista BORDES se preguntará ¿Para qué hablar de piedras en estos tiempos de postmodernidad, de dominio tecnológico, de urbanismo científico, de penurias y de abundancias, de economías ofuscadas, de búsqueda del yo en la inmediatez de lo que acontece hoy? ...Tal vez no exista respuesta contundente, sin embargo con esta aventura editorial pretendemos evitar el olvido de uno de los elementos manifestativos de lo ancestral de nuestra cultura, hoy en día un aspecto sutilmente escondido en la vida de nuestros pueblos. Dioses y hombres, animales y plantas, fenómenos naturales, visiones, oralidades, filosofías, ciencia, poesía, en fin... lo sagrado contenido en lo esencial de la existencia. El arte sobre piedra signo y símbolo que nos recuerda como los primeros moradores de estas comarcas poseían una mirada muy distinta a la de esta maligna obsesión occidental de relacionarse con los demás desde el poder y el tener. Nada más alejado de las ideas de nuestros ancestros.

Venezuela y el Táchira, constituyen un país multiétnico y pluricultural, pero esta riqueza es desconocida por la mayoría de los venezolanos. Se ignoran estas realidades incluso de forma desdeñosa, se silencia tras la vergüenza étnica del que construye un mundo desde el resentimiento de una periferia olvidada. En los nuevos tiempos que corren las voces más lúcidas han insistido en la necesidad de reconocernos plurales, de allí los procesos de visibilización de identidades emergentes a lo largo y ancho del país. Un hecho reconocido y manifestado desde nuevas interpretaciones de lo social contenidas, entre muchos otros documentos, en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. Desde allí se estimula la resignificación del propio sentir nacional desde la rehabilitación de culturas ancestrales y de sus manifestaciones. Esta nueva realidad ha permitido la consolidación de la tradición, de la memoria y del recuerdo como espacios estratégicos para la cohesión emocional y cultural de todos los que habitamos el territorio nacional.

Cuando leemos y oímos lo hablado y escrito sobre nuestra arqueología y sobre nuestros petroglifos, como una de las expresiones más importantes de esta, visto desde la ciencia hegemónica europea y norteamericana, se tiene la sensación de no estar reflejada allí la esencia de nuestra cultura ancestral. Y es que un científico formado en esta visión no ve más allá de ciertos datos de registro material, de estética comparada, de cronología o de su utilidad en el marco de la cultura pasada. Sin embargo desde la óptica de un investigador inmerso en la multiplicidad de colores de las culturas locales, formado en los paradigmas emergentes latinoamericanos, además de observar todos los aspectos mencionados, no puede evitar estar ante la presencia de sus padres, de sus abuelos, de sus “taitas”, de sus “nonos”, de sus antepasados. Así tiene a su alcance la más profunda memoria a partir de la cual todo el recuerdo, el referente, la memoria y el imaginario cultural comienza a tener sentido. Porque ese petroglifo es parte del territorio fundacional de nuestra tradición.

Lamentablemente los petroglifos tachirenses, así como gran parte de nuestro patrimonio arqueológico, histórico y cultural, continúan expuesto al saqueo, a la destrucción en aras del desarrollo urbano de los pueblos y ciudades, a la rapiña de los explotadores de la naturaleza, a un turismo exotista y desalmado y a la codicia del coleccionista inescrupuloso. Para su protección no basta el marco legal creado en el país, el estado y los municipios. Hace falta conciencia real y ética profesional que ponga en valor cotidiano los yacimientos de Arte Rupestre. Formar nuevas generaciones de hombres y mujeres comprometidos con la región, es la mejor de las respuestas ante esta situación de desasosiego en que se encuentran los petroglifos tachirenses.

Esta experiencia de formación se ha venido gestando sistemáticamente, bajo nuevos espacios inspirados en los paradigmas liberadores y descolonizadores del pensamiento latinoamericano. Bajo la institucionalidad de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda y la experiencia del Museo del Táchira, se creó el Diplomado en investigación y conservación preventiva del Arte Rupestre. Una experiencia que ya ha comenzado a dar frutos en un nutrido grupo de artistas y profesionales de distintas áreas que de la mano de las comunidades han generado propuestas de investigación y preservación en nuestro territorio andino.

El presente número de la revista Bordes presenta algunos de los trabajos y propuestas de los investigadores egresados de la Primera Cohorte Táchira de dicho diplomado. La cuarta cohorte a nivel nacional de esta experiencia que se viene desarrollando paralelamente y por ahora, en Falcón y Carabobo. Como epónimo de la misma se escogió al médico, defensor de nuestro patrimonio, investigador y cronista del Arte Rupestre Colonense José Benito Calderón, autor del primer texto conocido sobre los petroglifos tachirenses. “Petroglifos prehistóricos de Colón del Táchira”, escrito en 1932, donde reúne las primeras descripciones e interpretaciones sobre estos y deja para la posteridad la crónica de un pueblo que rompiendo con la indiferencia y el miedo rescata del olvido y destrucción a uno de sus petroglifos más preciados “La Piedra del Mapa”, caso inédito en la historia de nuestramérica.

De esta manera y siempre partiendo de nuestra particularidad y contexto histórico y desde el reconocimiento de una profunda diversidad cultural, se busca interpretar el ser nosotros a partir de nuestra herencia. Para ello elevamos estas manifestaciones de nuestra memoria a la dignidad del arte verdadero y no la de un mero objeto antiguo. Así y desde la valoración, conocimiento y conservación del patrimonio arqueológico, se reconoce estas creaciones no para fanatizar modelos interpretativos, sino para crear nuevos caminos que nos permita reconocer el poder del petroglifo. Un poder que es arte, comunicación, simbolismo, narración del chamán, antecedente directo de nuestra literatura y en definitiva la sabiduría de nuestros ancestros, regalo sagrado de nuestra memoria como pueblo, como gente.

Anderson Jaimes
Grupo de Investigación Bordes